

*cothèque* deseen abandonar ese mundo-infierno en el que viven (no todos son masoquistas), pero la tozuda realidad se encarga constantemente de recordarles quiénes son y dónde están. Quizá en otra ocasión tengan más suerte y sus deseos se cumplan. Aunque para Félix Romeo un deseo realizado sea más que una utopía.

**Marcos Maurel**

## El relato metafórico de Sergio Chejfec

Muchos de los relatos –y entre ellos tres de los más recientes y más amplios, *El aire* (1992), *Los planetas* (1999), *Boca de lobo* (2000)– de Sergio Chejfec exigen un lector que se deje provocar por ciertas trampas de la lógica. Son *relatos de pensamiento*, activados a partir de un prolongado soliloquio reflexivo de personajes casi siempre cavilosos, narradores introvertidos que despliegan la anécdota como si se tratara de un acertijo hermético iluminado a ratos por relámpagos de revelación, de certidumbre. Densos y luminosos al mismo tiempo, des-

provistos casi por completo de peripecias, son relatos articulados a través de la descomposición micrométrica, *minimal*, de un acontecer que se fractura en pequeñas partículas elementales, breves células accionales interrumpidas constantemente por un *excursus* reflexivo, minados de paradojas y aparentes contrasentidos. La aventura, en ellos, no está pues depositada en la sucesión de ocurrencias –se podría decir que son relatos en los que pasa muy poco en el plano de la experiencia activa de sus personajes–, sino en el planteamiento de formulaciones enigmáticas expuestas con las tonalidades propias del discurso filosófico o científico. «El pensar es algo que se puede narrar como se narra un viaje o una historia de amor, pero no del mismo modo», dice Piglia que dice Renzi que diría Macedonio Fernández. Y añade: «Le parece posible que en una novela puedan expresarse pensamientos tan difíciles y de forma tan abstracta como en una obra filosófica pero a condición de que parezcan falsos». Tal vez esta sea precisamente la estrategia de Chejfec: los pensamientos de sus narradores y de sus personajes, la masa reflexiva que envuelve el hilo argumental como una vaina permeable, ramificada, frondosa, se presenta bajo la apariencia de una ecuación matemática, de un axioma filosófico irrefutable, en cuyo centro, no obstante, se ha clavado un ingrediente

falsificador que genera incertidumbre en quien la lee. Como decía Ricoeur para referirse a la metáfora, Chejfec logra producir una «nueva pertinencia de sentido» en el bastidor del discurso propio de la filosofía o de la ciencia por medio de «una atribución impertinente». Es esta impertinencia del sentido, por otra parte, la que proporciona a estos relatos su familiaridad con ciertas formas de la literatura fantástica: ese ingrediente clavado en el centro de un aforismo paradójico aparentemente imposible de desmontar suele ser, con sintomática frecuencia, un hecho incongruente, un detalle, como diría Callois, que «quiebra la estabilidad del mundo en el cual las leyes hasta entonces eran tenidas por rigurosas e inmutables». Lo inesperado que acontece en medio del escenario de una proposición lógica produce esa vacilación de la razón sin la cual, según Todorov, la experiencia de lo fantástico no tendría lugar. Los textos de Chejfec nos introducen en un campo inquietado por dudas racionales; nos conducen a concebir, en la realidad que nos parece tan evidente, la existencia de leyes que desconocemos, que nos dominan oscuramente. Esto último les proporciona cierto carácter ominoso a sus anécdotas, marcadas siempre por la reticencia enunciativa, por esa retención del sentido que abandona al lector en un campo de inquietantes conjeturas no resueltas.

Universos paranoides habitados por seres que se enfrentan con extraña serenidad y desapegado cinismo (por lo que, a menudo, aparecen bajo el aspecto de seres aniñados, nimbados por una cierta santidad o por alguna forma de minusvalía frente al mundo o de idiotez) a las inclementes, implacables veleidades del azar.

**Rafael Castillo Zapata**

## Miguel Martínón: lecturas de una vida\*

*La poesía canaria del mediosiglo* (1986), *La isla sin sombra* (1987) y *La escena del Sol* (1996) son los tres precedentes de *Espejo de aire*, que ahora publica la editorial Verbum. Con estos cuatro títulos, Miguel Martínón, profesor de literatura española moderna en la Universidad de La Laguna y poeta, da cuenta de otra de sus constantes preocupaciones y actividades aparte de las mencionadas, la crítica literaria y, por tanto, de una voluntad de interpretación y valoración que en su caso incide especialmente sobre

\* Miguel Martínón, *Espejo de aire. Voces y visiones literarias*, Verbum, Madrid, 2000.

un segmento concreto de la vida literaria: el que se desarrolla en el marco insular canario durante el período artístico más notable que han conocido sus letras, la generación vanguardista de la década de los años 20-30, acompañada de lo que, tras el *lapsus* 36-39, habría de reactivar el panorama creativo de aquellos días, la generación poética del medio siglo que inaugura la obra de José María Millares Sall. Es éste, en definitiva, el punto de mira al que se asoman la curiosidad hermenéutica y el juicio crítico de Miguel Martínón, y cada uno de estos libros supone una mirada más atenta, un foco más potente sobre unos autores y unas obras que el estudioso se ha propuesto recuperar críticamente, contribuyendo así a un movimiento generalizado de exégesis que –según sus propias palabras– culmina, con los años ochenta, en una «definitiva maduración y consolidación de este campo de los estudios literarios insulares», rotundo criterio éste, no obstante, que sería oportuno observar con cierta reserva, considerando en él una buena dosis de ingenuidad o, al menos, de excesiva confianza.

*Espejo de aire. Voces y visiones literarias* se estructura en tres grandes apartados, y sus textos abarcan una perspectiva más amplia de la que proponían los libros anteriores. En primer lugar, notas y comentarios sobre literatura hispánica moderna y contemporánea; en el

ínterin, diversas temáticas y autores no hispánicos; y, como cierre, los textos vinculados más directamente a la propia voz de su autor, y los tres apéndices con las entrevistas que ha realizado con Ernesto Salcedo, Severo Sarduy, Gustavo Guerrero y Alfonso González Jerez. Todo este trayecto a través de la palabra escrita muestra su especial predilección por la literatura hispánica moderna y contemporánea, una «literatura moderna» que sitúa entre 1868 y 1939 y a la que, por una relación convergente de sensibilidad e ideas, por compartir una cultura común, goza para él de mayor vivacidad e interés estético: «Lógicamente, la relación de cualquier escritor con la literatura de su propia lengua tiene que ser mucho más estrecha que con otras literaturas. Por lo demás, esa relación, normalmente, suele ser más intensa con las épocas históricas más próximas».

Además de todo lo dicho, hay en *Espejo de aire* una concesión a la vida, pero a la vida que se asume como una secuencia de acaeceres impredecibles y siempre sorprendentes de los cuales unos, definitivos, permanecen imborrables, junto a los otros, los más, los que apenas si se recuerdan; luchas sin tregua, infructuosas, y otras que sí fueron gratificadas; encuentros y desencuentros; incertidumbres, desilusiones, olvidos, pero todo un sinfín de experiencias que, de forma natural e inevitable, se entrecruzarán, en un

momento u otro, con la literatura. Porque no otra cosa que vida y literatura, una en la otra perfectamente arraigadas, es lo que Miguel Martínón nos ofrece en «A la espera (Apunte autobiográfico)», una remembranza que concibió a partir de un cuestionario en torno a su actividad profesional que le solicitaba un perfil somero de aquellos centros y ambientes en que tuvo lugar su formación primera. Impelido por este «poner en cuestión» los entresijos de su progresivo despertar al mundo –cognoscitiva, intelectual y espiritualmente–, y ayudado de esa cierta ajenidad que procura el *después de* –la distancia que asienta y difumina el torrencial de emociones, anécdotas y reflexiones de que se alimenta cada una de nuestras vivencias–, evocará los usos y abusos de la etapa franquista, la propaganda y la censura en los años de la posguerra y su «herencia histórica deplorable», el adoctrinamiento ideológico y católico de los frailes del Colegio de Nava y su lema «miedo al creador justiciero», las emisiones inolvidables de la radio, la oferta suficiente de los cines tinerfeños, la necesidad –por absoluta carencia– de recrear los modelos foráneos, la ampliación de perspectivas vitales e intelectuales que para él supuso el cambio a la enseñanza pública y, con ella, los primeros referentes republicanos... Así desfilan las voces de los padres, frailes, compañeros, profesores e instituciones,

envueltos en las visiones de las lecturas, tanto las páginas que de niño estimularon su imaginación como las que más tarde le permitieron comenzar a apreciar cuestiones de estilo, de profundidad moral o el feliz hallazgo del tono y lugar justo desde donde un poeta debía emitir su voz.

Todos estos acontecimientos históricos y existenciales se desprenden de su «estar en ellos» para observarse ahora desde la memoria, un concienzudo inventario que los reestructura otorgándoles, a cada uno de ellos, su dimensión y relevancia exactos. Si bien este «apunte autobiográfico» del profesor Miguel Martínón se oferta al lector para que éste pueda disponer «de más elementos para formarse una imagen del escritor», por lo que verdaderamente puede resultar ameno y significativo, es por arrastrar consigo un momento crucial de nuestra historia reciente, así como por la honestidad y coherencia con que se analizan las causas que los promovieron y las secuelas que de ellos se proyectaron.

«El lenguaje está hecho de aire, y cuando la palabra poética se mira en el espejo de la reflexión, se genera un discurso que también es lenguaje: también es aire». Acaso sea esta explicación preliminar de «espejo de aire» –el título elegido para el libro–, la más resbaladiza de las «visiones» de su autor, y también la más criticable. Suficientemente conocida es la tradición moderna de